

LA VIOLENCIA EN LA TELEVISION: SU IMPACTO EN NIÑOS Y ADOLESCENTES

Joaquín Aragón Mitjans. Dpto. de Psicología Evolutiva y Diferencial. Universidad Central de Barcelona.

Introducción

Que la TV no es sólo un *pasatiempo* sino también una verdadera *escuela* es hoy un hecho generalmente admitido. Ante esta realidad cabe preguntar: *¿Qué se enseña en esta escuela?*

Deseamos responder a esta pregunta con la mayor objetividad científica que nos sea posible, ya que consideramos que no se trata de una pregunta trivial sino de la mayor importancia, tanto bajo el punto de vista psicológico como del pedagógico y sociológico.

Aunque existen numerosos estudios sobre este tema, y, una buena síntesis de ellos está presentada en castellano por R.M. Liebert—J.M. Neale—E.S. Davidson en su libro, *La Televisión y los niños*, Barcelona, 1976 (original americano, 1973) (1), no obstante, por una serie de razones, tal vez de índole técnica, este libro no ha llegado a influenciar la opinión pública que sigue muy desorientada respecto a esta temática. Así, por ej., en las opiniones vertidas en el curso de unas entrevistas relativamente recientes con personalidades españolas de indudable relevancia, y pertenecientes a las más diversas tendencias políticas e ideológicas, se aprecia en varias de ellas, esta falta de información, es decir, se opina, al parecer, sin tener presentes los datos e interpretaciones más seguras que la investigación ha puesto a nuestro alcance (2).

Por esta razón deseamos presentar en este estudio un breve pero sistemático panorama de los *datos* que la investigación nos ofrece actualmente. Estos datos nos invitarán a indicar una serie de *observaciones psicopedagógicas* que pueden ser de especial interés para apreciar el valor de los datos aportados. Con esto estaremos en disposición de poder entrar en la exposición del aspecto central de nuestro estudio: *El*

influjo de la TV violenta en la conducta de los niños y adolescentes. Los hechos establecidos por la investigación nos invitarán a sacar una serie de *consecuencias*; pero para que estas consecuencias tengan la suficiente consistencia será preciso analizar y discutir las diversas *hipótesis interpretativas*. Sólo entonces podremos contestar con fundamento científico a la pregunta formulada al inicio de estas páginas.

La T.V. y la conducta del niño—adolescente

Para poder precisar la influencia de la TV en la conducta del niño—adolescente, es preciso puntualizar especialmente dos factores: El *Tiempo* que le dedica y los *Contenidos* que la TV ofrece.

¿Cuánto tiempo dedican los niños a ver la TV? . Sobre este aspecto se barajan cifras a veces muy abultadas y los investigadores insisten en la dificultad que existe para precisar objetivamente este factor ya que depende de una serie de variables (verano, vacaciones escolares, clima, etc.). Las constataciones más seguras nos permiten indicar lo siguiente:

A) *En general:*

- Desde los 3 años hasta el inicio de la adolescencia crece el interés y el tiempo dedicado a la TV, luego decrece.
- Niños y niñas ven casi por igual la TV en la infancia; en la adolescencia las niñas ven algo más la TV que los muchachos.
- Los niños de clase social baja dedican más tiempo a la TV que los de clase alta.
- Aunque no hay relación apreciable, significativamente, entre el nivel intelectual y el tiempo dedicado a la TV, no obstante los *muy* asiduos a la TV suelen tener un nivel intelectual bajo y un rendimiento escolar más pobre.
- Los padres, en general, ponen pocas restricciones al tiempo que los niños—niñas ven la TV, aún en los años preescolares, fuera de los casos de notable asiduidad (3).

B) *En concreto:*

Aún teniendo en cuenta la peculiar dificultad en estimar correctamente las horas que los niños—niñas dedican a la TV, como antes dijimos, no obstante, los mejores especialistas nos ofrecen los datos siguientes:

- Según el informe de la National Commission de los Estados Unidos (1969), las familias norteamericanas corrientes tienen conectada la TV unas 40 horas semanales.

- El mismo informe nos especifica que el niño medio americano, de edades comprendidas entre los 2–5 años, dedica al menos una tercera parte del tiempo de vigilia a la TV.
- En Inglaterra, los niños entre 6–11 años ven la TV unas 25 horas semanales (4).
- El estudiante que ha finalizado la enseñanza media, en USA, ha pasado más horas delante de la TV que en clase (5).
- En un estudio realizado en Madrid (1972) los niños en edad preescolar de medio social bajo dedicaban casi una quinta parte del día a ver la TV, los de clase media una cuarta parte (6).
- Un estudio realizado en Barcelona (1972–1973) con niños de clase media alta y alta, nos da un promedio de 2–3 horas diarias. Según este informe los niños pasan en clase un promedio anual de 800 horas y ante el TV unas 1000 horas (vacaciones incluidas) (7).
- Un sondeo realizado por nosotros en una población cercana a Barcelona (1979) con niños de los primeros años de EGB, nos indica un promedio de 2 horas diarias durante la semana y de unas 4'5 los días de vacación, o sea, unas 19 horas semanales. En una encuesta realizada en un colegio de Barcelona capital, con niños de 7–8 años, el promedio era de 21 horas y media semanales (1978).

En resumen podemos afirmar que, aún admitiendo diferencias individuales más o menos notables, la televisión es para los niños de nuestro tiempo un compañero habitual, una “escuela” en la que pasan muchas horas cada semana y, en conjunto, más tiempo del que dedican a la escuela propiamente dicha (teniendo en cuenta las vacaciones).

Contenidos

Tan importante como el factor Tiempo que los niños dedican a la TV., es el examen de los programas televisivos, qué tipo de *contenidos* ofrece la TV en general y especialmente en los espacios dedicados a los niños.

Una serie de investigaciones independientes, muestran inequívocamente que la violencia ha formado parte siempre de los programas en la TV americana. Más importante es la constatación de que la cantidad de actos violentos televisados ha ido en aumento desde que la televisión comenzó a ser del dominio habitual de todos los ciudadanos. Así entre 1951–1953 los lances violentos aumentaron en un 15^o/. Teniendo en cuenta sólo los espacios de mayor audiencia en cuatro importantes

ciudades de Estados Unidos, el aumento fue considerable, de un promedio de 17^o/o en 1954, se pasó al 60^o/o en 1961. Como ejemplo, en 1960 se presentaron en la TV de los Angeles: 144 asesinatos, 13 secuestros, 7 escenas de tortura, 11 proyectos fallidos de asesinato, 4 linchamientos y otros actos diversos; y todo ello antes de las nueve de la noche, por tanto en los espacios de mayor audiencia (8).

Según el informe de la Comisión Nacional para una mejor radio y televisión (1964), todas las semanas se dedicaban 200 horas a escenas de crímenes durante los cuales se cometían más de 500 asesinatos, lo que suponía un aumento del 20^o/o con respecto a la programación de 1958 y de un 90^o/o en relación a la de 1952.

Según la misma Comisión, en 1968, se estimaba que el niño medio entre los 5 y 15 años había sido testigo de 13.400 muertes violentas de seres humanos presentadas por TV. (9).

Después de estas constataciones de tipo general, el estudio más detallado que conocemos es el de Gerbner y colaboradores (1972) y Gerbner y Gross (1973). Se analizaron los contenidos de los programas de las tres principales redes de TV americana, en la programación de los sábados por la mañana, tiempo especialmente dedicado a programas infantiles, durante los años de 1967 a 1972. Se examinaron especialmente los actos violentos y, para poder tipificarlos, se tomó como base la siguiente definición—descripción: Se consideró violenta “la manifestación patente de fuerza física dirigida contra los demás o contra sí mismo, o el obligar a realizar, contra la propia voluntad, bajo amenaza, actos que producían dolor, heridas o muerte” (10). Como se ve no se incluía en esta descripción, ni la injuria verbal, ni las meras amenazas malignas, ni el tiempo más o menos largo en que se planeaban y organizaban las acciones violentas.

Pues bien, los resultados fueron, según Gerbner, los siguientes:

- El 80^o/o de las proyecciones contenían al menos un acto violento por proyección. Más preciso: 8 por hora. Esta tasa no disminuyó a lo largo de los seis años estudiados. Según estos datos, el niño medio americano al llegar a los 14 años había presenciado unos 11.000 asesinatos.
- Según Halloran y Croll (1972) en Gran Bretaña, el promedio es de 4 actos violentos por hora de TV (11).
- Según la asociación alemana, Acción para la Protección Juvenil, en el plazo de una semana, la televisión federal había presentado 416 crímenes, con 103 muertes, 52 tiroteos con la policía y 57 peleas; programación que tuvo lugar antes de las nueve de la noche, es decir, en horas accesibles al público juvenil e infantil (12).

- Un estudio similar al de Halloran y Croll, realizado en España analizó el contenido de los programas televisivos en la semana del 20 de Enero al 2 de Febrero de 1979, y se constataron 249 actos de violencia (13).

Dibujos Animados

Los estudios antes citados nos ofrecen otra sorprendente constatación: Los programas infantiles de dibujos animados *son los más violentos*, y esto, ya desde los primeros tiempos en que la visión de la TV se generalizó.

Así:

- En 1954, según Smythe, D.W., las programaciones para niños contenían tres veces más de violencia que las planeadas para los adultos (14).
- En 1967, según Gerbner, las programaciones de dibujos animados presentaban tres veces más de episodios violentos que los episodios destinados a los adultos (15).
- En 1969, según el mismo investigador, se constató un aumento: Un episodio violento por lo menos cada dos minutos; y ésto en los programas de los sábados por la mañana destinados a niños. La hora, pues, de dibujos animados contenía seis veces más violencia que la hora de TV dedicada a adultos (Ib.).
- Según el informe de la Comisión Nacional Americana, en 1967 el 94^o/o de los films de dibujos animados presentados en la TV contenía violencia (16).
- Según Gurevitch, M. (1972) todos los programas de dibujos animados británicos y el 98^o/o de los americanos contenían escenas violentas (17).

Promesas no cumplidas

Estos datos nos parecen más elocuentes si tenemos en cuenta, como expone Liebert, que a mediados de los años sesenta los funcionarios de las cadenas de la televisión prometieron un marcado descenso en la violencia de las representaciones y luego dijeron que así había sido. Pero los datos de la investigación de Gerbner, recogidos entre 1967 y 1968, mostraron que no había sido así. De nuevo se hizo la misma promesa, y los análisis de Gerbner en 1969 mostraron que la variación había sido muy escasa; nuevas promesas para 1970-71, con idénticos "resultados" (18).

Los *contenidos*, pues, de la TV., especialmente la americana, y a través de ella, en la de otros países, presentan al público infantil y adolescente unas dosis masivas de actos violentos, aún entendida ésta de un modo restrictivo, como antes indicamos.

Algunas precisiones psicopedagógicas

Si los niños y adolescentes pasan gran parte de su vida ante el televisor y éste les ofrece unos contenidos saturados de violencia no parece aventurado presumir que este tipo de programas pueda influir en su conducta de un modo negativo; es decir, inducir o facilitar en ellos actitudes agresivas. Pero, antes de estudiar esto con algún detenimiento nos parece oportuno formular ahora algunas precisiones que nos pueden ayudar a conocer esta problemática con mayor profundidad.

En efecto, los datos aportados, todos ellos convergentes, parecen elocuentes, pero podría existir la posibilidad de que los expertos consideran como violentos, al modo dicho, no fuesen juzgados de idéntica manera por los niños y adolescentes. Pues bien, una serie de investigadores como Greenberg, Gordon y otros, comprobaron que había una perfecta correlación entre las apreciaciones de los técnicos y las estimaciones de niños y adolescentes (19); no se da, pues, ninguna proyección de nuestra mentalidad en la de los niños.

Otra precisión importante es la siguiente: Se oye con frecuencia decir, aún en ambientes cultos (y tal vez más en éstos) que mostrar violencia juntamente con sus consecuencias negativas (castigo del culpable, etc.) podría ser pedagógicamente útil ya que inhibiría la conducta violenta; sería como escarmentar en cabeza ajena. Pues bien, prescindiendo aquí de otras consideraciones (por ej., valor del refuerzo negativo sobre todo a largo plazo, etc.), el análisis de los contenidos de la TV violenta nos revela lo siguiente:

- a) La *violencia* en la TV es *premiada* al menos tantas veces como es castigada. b) Más aún, los “*buenos y los malos*” *quebrantan* con la misma *frecuencia* la ley y emplean por igual la *violencia* para obtener unos pretendidos fines “*buenos*”.
- b) El empleo de *medios ilegales y violentos* para obtener las metas perseguidas es *premiado más frecuentemente* que el empleo de medios legales, socialmente correctos, no violentos. Esto es especialmente patente en los programas destinados a niños.
- c) Más importante todavía: La TV no ofrece al espectador *otra alternativa* igualmente “*exitosa*” para superar las dificultades, los conflictos, que menudean en nuestras vidas y en nuestra sociedad.

Tenemos, pues, que la TV muestra a los niños y adolescentes un cúmulo de asesinatos, tiroteos y toda clase de violencia física y con tal frecuencia que aún los menos asiduos tienen que contemplar una cantidad considerable de violencia y una violencia que es ejercitada por todos, buenos y malos; una violencia “*laudable*”, como el mejor y aún como el único medio para solventar los conflictos, sin otra alternativa (20). La violencia así presentada no es el último recurso de los “*justos*” de la épica clásica, sino el modo habitual de solventar los conflictos y dificultades de todo tipo.

A este respecto conviene añadir otra precisión que consideramos de sumo interés. Como hemos mencionado, se ha dicho que el presentar una conducta violenta y luego su castigo podría inducir a los niños—adolescentes a no escoger el camino de la violencia para solventar sus conflictos. Lo que acabamos de exponer ha puesto de manifiesto que esto no es así. Pero hay más; en efecto: En no pocos programas se presenta la acción violenta al *principio*, y sólo al *final* de la proyección el criminal es cogido y castigado (en el “mejor” de los casos). Pues bien, se ha comprobado que los niños de tercero de básica ven estos hechos *como dos* actos violentos: El crimen inicial y el “crimen” (castigo) final; la acción violenta final, consecuencia de la acción punible primera, no es vista sino como una nueva violencia. Esto es aún más constatable si la proyección televisiva no es continua sino, como es habitual en varios países, se intercalan anuncios comerciales. En consecuencia, pues, la secuencia crimen—castigo del crimen no es estimada, en estos casos, como tal, sino como una redoblada violencia (21).

Enlazado con lo que hemos expuesto, hay que señalar otro aspecto: Hasta qué punto las consecuencias negativas de una acción violenta reducen la agresividad en la conducta ulterior de un sujeto aún adulto, es un tema muy controvertido, ya que se entremezclan muchas variables (violencia “justificada”, etc.); no pocos especialistas creen que el influjo es pequeño o nulo (22).

Para terminar estas precisiones conviene tener presente que la TV al presentar la violencia como el medio “habitual y normal” y aún como el “único” medio para solventar los conflictos sin otra alternativa, no sólo no inhibe la violencia, sino que tiende a inducir un juicio valorativo erróneo: El castigado es un estúpido, un cobarde, un inútil que se deja coger; El mensaje aprendido sería: La gente estúpida y débil queda atrapada, y no: “la violencia, el criminal, son castigados” (23).

Este conjunto de precisiones nos parece que pueden ser muy útiles a la hora de enjuiciar los efectos de la TV violenta en los niños y adolescentes.

Influjo de la TV violenta en la conducta de los niños—adolescentes

Hasta aquí hemos expuesto sucintamente el *tiempo* que los niños dedican a la TV, y hemos analizado qué clase de *contenidos* les ofrece ésta. Para una mayor comprensión de esta problemática, hemos formulado una serie de *precisiones* que nos permiten ahora abordar ya el tema crucial de valorar científicamente el *influjo* de la TV violenta en la conducta de los niños y adolescentes.

La importancia de esta temática es evidente. Por esto, no es de extrañar que un considerable número de investigadores de diversos países hayan centrado su atención en el análisis científico de este problema, y lo han hecho con todos los métodos que la psicología científica moderna nos brinda. Una exposición detallada, aún sólo de los principales, es aquí del todo imposible; en realidad tampoco es deseable, no sea que los árboles no nos dejen ver el bosque. Nuestro deseo es presentar aquí los hitos que

consideramos más relevantes y sobre todo mostrar su *convergencia* de los resultados obtenidos, ya que si cada método tiene sus ventajas y sus limitaciones, el conjunto de ellos, al darnos unos resultados coincidentes, nos permite llegar a unas consecuencias que tienen la garantía de plena objetividad como dice expresamente H.J. Eysenck (24). El estudio de *casos individuales*, método muy empleado sobre todo en psicología clínica, permite un análisis detallado de todo el proceso teniendo en cuenta las características diferenciales de los sujetos, las influencias del ambiente, la evolución de sus intereses y motivaciones, etc. Este método se ha empleado muchas veces para estudiar la relación entre los contenidos violentos de la TV y acciones criminales, que, al parecer, habían inducido. Así, por ej., en Estados Unidos la Corte Suprema admitió la demanda de juicio contra la red de TV, NBC, que había transmitido la película "Nacida Inocente" de la que se había seguido un asesinato; se presentaba, pues, como culpable no al asesino, sino a la TV en su red NBC. En Inglaterra, en varios juicios, los abogados adujeron como causa aminorante de la culpabilidad de sus defendidos, la nefasta influencia de varias películas como "La Naranja Mecánica", "El Exorcista", "Los hermanos Karamazow", etc. Tanto los hechos, reproducción exacta de las actuaciones del "modelo" televisado, como la confesión de los inculpados, hacían patente el influjo decisivo de la TV (25). Aunque este método permite una profundización muy esclarecedora, con todo, difícilmente se puede establecer con seguridad un nexo causal, pues existe la probabilidad de que intervengan en el proceso otras variables difíciles de aislar. Con todo, que en éstos y otros casos estudiados, haya un influjo muy importante, tal vez decisivo, está fuera de duda.

Para obviar estas dificultades se ha usado con asiduidad *los estudios de laboratorio*. Se trata, en nuestro caso, de experimentar, por ej., en qué medida los niños son capaces de *asimilar y reproducir* luego las escenas que ven en un monitor de TV. Así, se les sitúa ante un aparato de TV en el que se proyectan escenas de violencia: Un niño golpea muñecos, destruye juguetes, lanza objetos contra otros, etc. Se puede pasar la filmación en formato real o con dibujos animados. Un niño o grupo de niños presencian esas proyecciones, otros no (grupos de control). Luego se sitúa al niño en una habitación contigua en una situación similar a la vivida antes y con objetos análogos y se observa cómo actúa, si imita o no, en qué grado, cuánto tiempo dura la influencia de lo presenciado, etc.

Como se ve, este método permite controlar un gran número de variables como edad, sexo, estado de ánimo de los sujetos, formato del programa, etc., y comparar con los niños "grupo de control" que no han asistido a la proyección.

Los resultados obtenidos en una serie considerable de investigaciones de este tipo, y realizados por muchos experimentadores independientes, son inequívocos: Los niños asimilan y reproducen; a veces su conducta parece un fiel calco de lo observado, otras veces su actuación, además, *se generaliza*, es decir, actúan de modo agresivo similar en otras situaciones análogas.

Se ha experimentado con niños y niñas de diversas edades, con niños perturbados emocionalmente. En todos los casos las respuestas agresivas aumentaron, nunca se ha encontrado que la agresividad disminuyese después del experimento. En varios casos se pudo comprobar que los efectos eran duraderos, varios días y aún semanas. En cambio, los niños que no habían presenciado las proyecciones agresivas, grupos de control, no manifestaban aumento de agresividad y la diferencia era estadísticamente significativa, lo que permitía inducir que era el contenido violento el causante del cambio de conducta que había sido asimilado y actuaba dinámicamente (26).

Estos estudios experimentales han posibilitado establecer, además, algunos aspectos importantes de esta problemática:

- La repetición de las proyecciones violentas, aumenta el efecto, la conducta agresiva y su permanencia. Estamos, pues, en presencia de una acumulación o fijación asimilativa.
- La proyección de un film violento “realístico” (tipo reportaje) y otro claramente ficticio, no ofrece diferencias significativas en los niños pequeños; los dibujos animados violentos, inducen más agresividad que los films normales. Tal vez influya en ésto su dificultad en distinguir lo real de lo imaginario. Con los niños mayores y adultos, la diferencia es muy escasa; la razón que aducen ellos mismos es que la violencia ficticia contemplada, la ven como una situación análoga a la que ellos pueden verse envueltos en su vida social ordinaria (27).
- Los datos antes aportados se verifican plenamente en los niños pequeños. En la infancia media y en la adolescencia, los efectos persisten pero en grado menor. Este resultado concuerda con las previsiones que se habían hecho, y la razón es la siguiente: Mayor capacidad para distinguir lo real de lo ficticio, mayor capacidad para interiorizar las normas—prohibiciones existentes en su medio, mayor control de sí mismos, etc., modificaciones que la psicología evolutiva ha establecido claramente y que tenía que reflejarse en los experimentos dichos.
- También conforme a estos conocimientos del psiquismo del niño, en la infancia media y adolescencia se preveía que, dada su capacidad mayor de interiorización, los actos violentos que valoran como nocivos y prohibidos, provocarían en ellos una mayor ansiedad, ansiedad que inhibiría en algún grado la acción agresiva subsiguiente. De hecho, los estudios experimentales han confirmado esta previsión. Más aún, los niños que por su estructura eran menos proclives a la ansiedad, mostraron mayor agresividad como consecuencia de ver la TV violenta, agresividad que se dirigía sobre todo contra los iguales, no hacia los adultos; si en la situación de laboratorio en que

se realizaban esos experimentos, estaban presentes los adultos y no mostraban desaprobación, no aparecía la ansiedad—inhibición (28).

- Los estudios muestran, asimismo, que el impacto televisivo violento es *mayor* en los sujetos que ya tienen un *alto nivel de agresividad*. Conviene notar, a este respecto, que el número de sujetos con esta disposición agresiva no constituyen un grupo pequeño, sino más bien muy numeroso, sobre todo con sujetos masculinos (29). Que una persona irritada o frustrada tenga especial inclinación a estar atenta a un film violento y luego lo imite, parece comprobado por la experimentación. Pero que sea *condición indispensable* para que se dé esta imitación, no está comprobado, más bien lo contrario (30).

Los estudios de laboratorio, pues, nos ofrecen una serie de datos muy importantes que señalan con todo rigor metodológico el *nexo* entre la visión de la TV violenta y la agresividad subsiguiente, teniendo en cuenta una serie de variables. Pero todos los investigadores están de acuerdo en señalar las *limitaciones* de este tipo de estudios, por ej., en la situación de laboratorio, el realismo es exagerado comparado con las situaciones de la vida normal, por ello, la atención está demasiado focalizada en lo que se les muestra; la presencia de los adultos, que puede ser interpretada como permisividad, tampoco responde plenamente a la situación real, etc. Por todo ello, los resultados obtenidos, aunque nos ofrecen una valiosa información acerca de los mecanismos internos de la conducta agresiva, *difícilmente* son *generalizables* y, en general, nos dicen poco de los efectos a largo plazo (31).

Estudios de campo, métodos correlacionales y estudios experimentales de campo.

Para reducir los inconvenientes y limitaciones propios de los experimentos de laboratorio, se pretende estudiar la conducta de los sujetos en su medio ambiente natural (estudios de campo) mediante diversas técnicas, en especial la observación metódica, *time—sampling*, etc. Con este método las variables se controlan, pero no se manipulan. Los datos obtenidos son estudiados luego por el método correlacional que permite diferenciar y da un especial relieve a los estudios a medio y a largo plazo. Los resultados son más próximos a la realidad concreta aunque a veces queda dificultado el control de algunas variables. Por esto se introducen los estudios experimentales de campo que implican un mínimo de artificialidad, por ej., distribución por grupos, inducción de una tarea o situación determinada; así, un grupo ve películas de tipo violento, otro neutrales, etc. De esta manera se pueden delimitar algunas variables y los resultados son útiles para convalidar los obtenidos por otros métodos (32).

El número, diversidad y complejidad de estos estudios es muy considerable, de manera que, reseñarlos aquí, aún sumariamente, estaría fuera de lugar. Indicaremos tan

solo algunos que juzgamos más representativos y comentaremos los resultados globales. En esta indicación seguiremos el orden según la edad de la muestra.

Steuer, Applefield, Smith (1971): Niños y niñas en edad preescolar.

Stein, Friederich y Col. (1972): 97 niños y niñas en edad preescolar.

Liebert, Baron (1972): 75 niños y niñas de 5 años; 71 de 6 años; 68 niños y niñas de 8-9 años.

Leifert, Robert (1972): 160 niños y niñas de 8-11 y de 14-18 años.

Dominick, Greenberg (1972): 434 niños y 404 niñas de 10-12 años.

McIntyre, Teevan (1972): 2.279 muchachos y muchachas de enseñanza secundaria.

Robinson, Bachman (1972): 1.500 muchachos de 19 años.

McLeod, Aktin, Chaffee (1972): 648 muchachos y muchachas de 12-18 años.

Lefkowitz, Eron y Cols (1963, 1972): 875 niños y niñas de 8-9 años; 247 niños y niñas de 18-19 años.

Leyens y Cols (1975): Muchachos delincuentes de 12-19 años (población belga).

Parke y Cols. (1977): muchachos delincuentes entre 14-18 años.

Belson (1978): 1565 muchachos de 13 a 16 años. (33).

En estos estudios, entre otros, aparece una *correlación significativa* entre la visión de la TV violenta y la conducta agresiva posterior. Datos obtenidos por los métodos indicados y que concuerdan con los antes mencionados, obtenidos mediante los experimentos de laboratorio. La concordancia, pues, entre los resultados obtenidos por los diversos métodos es muy significativa, tanto más que los investigadores, las muestras, etc., eran diferentes e independientes.

Por su especial relevancia vamos a detenernos un momento en la exposición del experimento realizado primero por Eron y luego por Eron y Lefkowitz y cols. Se trata de un estudio longitudinal. En 1963 Eron escogió una muestra de 875 chicos y chicas de 8-9 años. Realizó una serie completa de entrevistas con sus padres para detectar qué programas veían sus hijos-hijas y puntuó según el grado de agresividad de los programas seleccionados por ellos. Para calcular la agresividad manifestada por estos chicos y chicas, pasó una encuesta a sus compañeros de clase según una escala previamente construida y validada. Analizados los resultados, llegó a la conclusión de que había una correlación positiva ($r = .21$) entre los programas violentos que veían y la agresividad estimada. Para las niñas los resultados no fueron significativos. Diez años

más tarde se repitió la prueba con 427 de los antiguos 875 que ahora contaban 18-19 años. Se les preguntó qué programas veían y se puntuó como antes. Luego se encuestó a sus compañeros en forma similar a la anterior. Los resultados son realmente interesantes: La selección de programas violentos que hicieron a los 8-9 años correlacionaba con la agresividad manifestada en esa edad ($r = .21$), y correlacionaba *más* significativamente aún con la agresividad manifestada a los 18-19 ($r = .31$). En cambio, no había correlación entre la agresividad manifestada a los 8-9 años y los programas seleccionados a los 18-19 ($r = .01$). Muy importante es notar, (como veremos luego), que la correlación entre los programas seleccionados a los 18-19 años y la agresión manifestada en esa edad era negativa ($r = -.05$). También era positiva la correlación entre las agresividades manifestadas a los 8-9 y a los 18-19 ($r = .38$).

Estos datos nos indican que la visión de la TV violenta a los 8-9 años no sólo parece inducir una conducta agresiva en esa edad, sino que seguía influyendo diez años después (34).

El que los resultados no fuesen significativos para las niñas ha dado lugar a varias interpretaciones: En general, prácticamente en todos los experimentos las niñas de todas las edades ven menos TV *violenta* que los niños y además, en igualdad de circunstancias, son menos agresivas que los varones. Esto no significa que no sean susceptibles ante los modelos agresivos, sino que su nivel de agresividad habitual es de ordinario mucho menor que en los varones, por esto, aún recibiendo el impacto de la violencia televisada no llegan a la manifestación clamorosa que normalmente alcanzan los muchachos. Se aducen otras razones: En la TV violenta abunda mucho más el modelo masculino adulto que el femenino, lo que puede tener su importancia. Hay que tener en cuenta, además, otro factor: El tipo de agresión "preferida" y socialmente admitida en las niñas, es la agresión verbal, y, como dijimos, esta modalidad no se tiene en cuenta al medir la agresividad. En cambio, en los casos en que se contabilizan como expresiones de agresividad, la irritabilidad, ansiedad, intolerancia a la demora, aprobación a la conducta agresiva, etc., sí que se manifiesta significativamente la influencia de la TV en las niñas y adolescentes. Esto puede ser de especial importancia si se tiene en cuenta que esas niñas, al llegar a ser madres, aprobarán y aún fomentarán las actitudes agresivas en sus hijos; por lo demás, esas manifestaciones de hostilidad no dejan de tener serias repercusiones especialmente durante la crianza de los hijos (35).

Examen de las posibles alternativas

La convergencia de los datos hasta aquí reseñados nos viene a decir que tanto los experimentos de laboratorio como los estudios de campo, análisis correlacionales y estudios experimentales de campo, nos patentizan una fuerte correlación entre la visión de la TV violenta y la conducta agresiva ulterior. Si recordamos que los niños y adolescentes pasan muchas horas ante la TV y que los programas que ésta nos brinda

están sumamente saturados de violencia, parece que ya podemos responder a la pregunta inicial acerca de qué se enseña en “esta escuela” que es la TV. Una respuesta nada alentadora; al contrario, muy preocupante, preocupación que los datos aportados avalan fuertemente.

Ahora bien, estas conclusiones pueden parecer apresuradas y en realidad lo son, ya que para que podamos asegurar con plena objetividad científica lo que acabamos de decir, es preciso examinar antes las principales *interpretaciones alternativas* que se han propuesto. Vamos a hacerlo brevemente.

Para nuestro objetivo no es preciso tratar aquí de si la agresividad es innata o no (posturas de Freud, Lorenz) o es adquirida (Bandura y Walters), ya que nadie niega que en caso de ser, en cierto sentido, innata, quedaría reforzada por la presentación de modelos agresivos que actuarían como potenciadores y disparadores de la agresividad latente.

Más interesante para nuestro estudio es la teoría de la “katarsis” apuntada por Aristóteles y mantenida por algunos estudiosos como Feshbach y Singer. Según esta teoría, la contemplación de escenas violentas induciría una purificación de la agresividad. O sea, los espectáculos y acciones agresivas no aumentarían sino que, al menos en determinadas circunstancias, reducirían la agresividad. Sin querer entrar aquí en un análisis detallado de esta teoría, indicaremos dos aspectos fundamentales:

- La contraposición entre la teoría de la catarsis y la del aprendizaje social (la visión de la violencia engendra violencia), tiene mucho de teórica, ya que de hecho, intervienen una serie considerable de factores que modifican profundamente las situaciones de tal manera que dicha contraposición sería meramente abstracta, no realística, como observa acertadamente Maletzke, G. (1973) (36).
- Según varios autores, en especial modernamente H.J. Eysenck (37), una serie convergente de estudios realizados con todo rigor según los más variados métodos, nos dice que los datos obtenidos no permiten sustentar esta teoría. Ya hemos visto como en todos los casos, la TV violenta correlacionaba con la agresividad subsiguiente y nunca lo contrario, y que si la visión de la TV violenta aumentaba, también crecía la agresividad manifestada. Esto se aprecia aún más en los efectos a largo plazo. En no pocos casos en que se presentaron pruebas en favor de la tesis catártica, luego se revisaron las investigaciones y no se pudo sustentar dicha interpretación. Veamos ahora un caso especialmente significativo, el experimento básico de Feshbach y Singer y la réplica de otros investigadores: Se trata de un estudio experimental de campo. Se observaron las conductas de dos grupos de muchachos de 8 a 18 años durante seis semanas. Un grupo veía TV con contenidos violentos, el otro no. Al final de la experimentación se midió el grado de agresividad

manifestada y resultó que el grupo que había visto TV violenta mostraba *menos* agresividad que el grupo que no la había visto. Esto parecía apoyar la teoría catártica. Pronto se hicieron una serie de críticas metodológicas acerca del modo como se administró la prueba y realizó el experimento; entre las diversas observaciones, notemos una fundamental: Estos muchachos estaban acostumbrados a ver TV violenta; al someter un grupo a régimen de *privación* de lo que ellos esperaban y a lo que estaban acostumbrados, se producía una *frustración*, mal humor, resentimiento, etc., que provocaba mayor agresividad. El otro grupo, el que se le mostró TV violenta, quedaba satisfecho, pues se cumplían sus expectativas, veían su programa habitual y su agresividad no rebasaba los límites acostumbrados. Por estas razones, el investigador Wels, W.D. (1973) reprodujo el experimento con mayor rigor metodológico y los resultados no confirmaron la teoría de Feshbach y Singer, sino lo contrario.

- Los estudios de Berkowitz, L. y su escuela contradicen también la teoría catártica. Así, la expresión libre de violencia en los niños, no sólo no reduce su agresividad, sino que la aumenta (38).
- A veces se dice, y también se escribe, que la vida real, especialmente la de nuestro tiempo, es dura, que hay violencia por todas partes y que por lo tanto, es conveniente, más aún, casi necesario, que los niños y adolescentes se habitúen a estas situaciones. Por esto la presentación de la violencia en noticiarios y films, TV, etc., puede tener como efecto un cierto habituarse, curtirse, etc. (39).

Bajo un punto de vista teórico, se invoca la tesis de la “desensibilización” según la cual el individuo que recibe repetidamente un estímulo (en nuestro caso visión de la violencia), quedaría de tal forma habituado que apenas le afectaría. Esta teoría, en ciertos aspectos bien comprobada, puede parecer semejante a la postura catártica y contradecir lo que hasta aquí hemos estado exponiendo. En realidad, (en la medida que está bien comprobada), dice todo lo contrario. En efecto, el resultado de una repetida exposición a la TV violenta no equivaldría a: Visión continuada de la violencia, que induciría a una desensibilización y de ahí una no agresividad, sino: Visión de la violencia en TV; acostumbrarse a la violencia visionada, de ahí menor ansiedad, lo que induce menor inhibición, más tolerancia y, por lo tanto, mayor facilidad para pasar a la acción, como ya vimos antes. De hecho, este “sistema”, la desensibilización, se empleó durante las últimas guerras precisamente para *facilitar la agresividad* en los soldados que se preparaban para ir al frente... (!) (40).

- Más interesante es otra interpretación o alternativa acerca de los efectos de la TV violenta. Se podría formular así: Se ha comprobado que la visión de la TV violenta y la agresividad ulterior *covarian* positivamente y que la correlación es significativa, pero con esto no queda provado que una sea causa de la otra. En absoluto, se dice, cabría la posibilidad de que existiese una "tercera variable". Como tercera variable se ha sugerido el cociente intelectual, el éxito escolar, el ambiente familiar, la permisibilidad, el empleo abusivo del castigo, el nivel de aspiraciones, etc. El interrogante quedaba abierto. Pero precisamente los análisis correlacionales mediante la técnica de la correlación parcial han comprobado que esta suposición es infundada, es decir, estas variables pueden ejercer cierta influencia, pero no invalidan, sino todo lo contrario, patentizan la correlación significativa entre la visión de la violencia y la agresividad posterior, como han mostrado una serie de investigadores (41).
- Para finalizar, mencionemos otra "alternativa" o interpretación, que si bien es prácticamente hipotética, ha tenido sus partidarios. Se podría sintetizar así: Si la violencia en la TV y la agresividad subsiguiente correlacionan significativamente, como todos los estudios han mostrado, queda la duda de quien es el agente causal; en otras palabras, la visión de violencia en la TV induce la conducta agresiva posterior, o la inversa, la agresividad presente induce a ver TV violenta. En el primer caso, la visión de la TV violenta sería uno de los responsables de la agresividad de nuestros niños y adolescentes; en el segundo, el causante principal sería la estructura psicológica de cada individuo, su agresividad presente (42).

Como indica Stein-Friederich este planteamiento implica una simplificación exagerada de las situaciones reales, ya que no hay duda que las disposiciones individuales diferenciales, en este caso la agresividad ya presente, han de influir en la modulación de los intereses y preferencias del individuo; más aún las experimentaciones evidencian que tanto las actitudes agresivas como la conducta agresiva se ha ido construyendo a través del tiempo como efecto de una prolongada exposición a modelos que muestran un alto grado de violencia (43).

Pero el cúmulo de datos que hemos ido reseñando, obtenidos con los más diversos métodos y sobre nuestras muestras de todas las edades y condiciones, ha mostrado una convergencia inequívoca al señalar la visión de la TV violenta como factor principal de la modificación de la conducta, o sea de la agresividad ulterior. En muchos casos la visión de la violencia *no era selectiva* o intencional, simplemente se veía TV violenta porque es lo que normalmente se proyecta, especialmente en dibujos animados, como ya quedó indicado antes (44). Decir que son los niños ya tarados los que ven TV violenta, es una exageración que no tiene ningún apoyo experimental, más aún, que va contra los hechos, como ya hemos dicho (45).

Con todo, la respuesta más objetiva a esta “alternativa” nos la dan Chaffee y McLeod y Atkin al analizar sistemáticamente todo el *proceso* que se halla en la base de las dos hipótesis rivales antes mencionadas, la del aprendizaje y la de la agresividad—preferencia televisiva. Según un detenido análisis la visión de la violencia está relacionada con la asimilación, y la asimilación con la conducta agresiva. En cambio, si bien la preferencia está relacionada con la visión de la TV violenta, no lo está con la conducta agresiva. Estos datos apoyan claramente la hipótesis de que la visión de la TV violenta es *causa* de la agresividad ulterior y no lo contrario (46). Lo mismo parece indicar el análisis del estudio longitudinal de Eron—Lefkowitz, antes mencionado. En efecto, la conducta agresiva a los 8—9 años no correlaciona significativamente con la visión de TV a los 18—19 años ($r = .01$), ni la visión de TV violenta a los 18—19 correlaciona con la conducta agresiva a la misma edad ($r = -.05$); en cambio, sí correlaciona y significativamente, la visión de la TV violenta a los 8—9 años con la conducta agresiva a los 18—19 ($r = 0.31$) (47).

Por todo ello, la hipótesis rival no encuentra apoyo en los datos experimentales sino más bien todo lo contrario. La evidencia, pues, está en favor de la hipótesis del aprendizaje social, según la cual, los modelos visionados *se asimilan* y dan lugar a la conducta agresiva; más aún, esta asimilación *moldea* la conducta inmediata (agresividad) y aún la futura, o sea, queda de alguna manera *almacenada* y sale luego, *se ejecuta*, si se dan determinadas circunstancias (48).

A modo de conclusión

Dos citas pueden sintetizar, de alguna manera, lo que hasta aquí hemos intentado mostrar: “Sobre las bases de muchas pruebas convergentes, fruto de más de cincuenta estudios que involucran a más de 10.000 niños y adolescentes normales, procedentes de todos los medios imaginables, se confirma el peso de la evidencia: Las enseñanzas y efectos instigadores, palpables en los programas de televisión agresiva, repercuten sobre la juventud y son de suficiente importancia como para justificar una acción remediadora inmediata” (49), nos dice Liebert: “Existe una clara evidencia de que los *mass—media* violentos incrementan la agresividad en los espectadores”... “y según nuestro punto de vista es particularmente convincente el que los diferentes métodos de investigación apuntan todos a una asociación entre visionar la violencia y los efectos subsiguientes de agresividad. Y, admitido que muchos estudios tienen fallos metodológicos de mayor o menor cuantía, con todo, estos efectos se contrarrestan entre sí, ya que los diferentes estudios tienen diferente consistencia y diferente debilidad. Esta conclusión de que la presentación de la violencia por los *mass—media* tiene un efecto, es de importancia social y nos suministran el marco fáctico dentro del que planear la acción social”, formula Eysenck al concluir su documentado estudio tantas veces citado (50).

Tal vez no estará de más recordar que los científicos nos hablan de gran probabilidad, probabilidad acumulada, de fuerte evidencia, etc., y no de "certeza", ya que para los científicos ninguna teoría es absolutamente cierta, las conclusiones son probabilísticas en sumo grado, según los casos, pero no técnicamente "ciertas". Con todo, cuando una teoría cuenta con una base impresionante de datos obtenidos con métodos diferentes y por investigadores diferentes y trabajando con muestras diferentes, se puede concluir que esta teoría goza de una evidencia suficiente y solo por prejuicio se puede rechazar esta evidencia escudándose en que no está "probada como cierta" *al modo dicho*. Al formular Eysenck estas precisiones tiene muy presente que no pocos informes *oficiales* y aún bastantes monografías divulgadoras sobre el tema que nos ocupa, han caído en esta trampa por no saber, o no querer, valorar debidamente el sentido del lenguaje científico (51).

Precisamente esta probidad científica es la que obliga a señalar que, a pesar de la evidencia acumulada, hay una serie de aspectos que no están suficientemente esclarecidos. Así, por ej., la influencia de las diferencias individuales de la personalidad, la relevancia que pueda tener la identificación con el modelo agresor, el "éxito" que tiene la violencia presentada en relación a la mayor o menor imitación subsiguiente, etc. (52). Tenemos, pues, un marco sólidamente establecido que ha de impulsar la investigación para esclarecer una serie de aspectos todavía no suficientemente bien dilucidados.

También es evidente que la TV violenta *no es la única causa* de la agresividad existente, pero sí que es una causa real y de extraordinaria importancia, como hemos mostrado. Es, además, una causa casi omnipresente y que se nos mete en casa a todas horas y se muestra a todos los públicos incluidos los infantiles y adolescentes, como hemos visto. No es lo mismo seleccionar un cine o teatro en el que se representan acciones violentas que tener que soportarlas masivamente en el propio hogar.

Hay un aspecto que hemos mencionado ya en una nota, pero que al finalizar este estudio es necesario insistir en él: al definir la violencia, lo hemos hecho según los mejores especialistas, en su sentido estricto, o sea, cuando los hechos manifiestan un daño físico *real*, un forzar a actuar agresivamente contra la propia voluntad (Véase antes pág. 66), con esto queda patente que en los análisis mencionados se excluye totalmente un cierto tipo de "violencia" muy frecuente en los programas televisivos y que tiene a todas luces un sentido *meramente cómico*; pensamos, por ej., en las hilarantes escenas de un Oliver Hardy y Stan Laurel lanzando platos de nata, rompiendo vasos y muebles o ensartándose en pugilatos inverosímiles. Lo mismo puede decirse de otros cómicos, como el inolvidable Charly Chaplin y... etc. Es evidente que esta "violencia" de tipo circense, que se repite también en películas tipo gato Félix o Pantera Rosa, etc., no tiene en rigor nada común con la definición de violencia, en sentido estricto, ya mencionada, ya que el *aspecto cómico* y aún *fantástico-onírico*, claramente patente, es precisamente el *mensaje* que se quiere

NOTAS

- 1.— Liebert, R.M. — Neale, J.M. — Davidson, E.S. La TV y los Niños. Fontanella, Barcelona, 1976.
Original americano: The early Window: Effects of Television on Children and Youth. Pergamon Press. Inc. New York, 1973.
- 2.— Rev. 'Cambio 16', 19 Febrero 1978, págs. 49—51.
Rev. 'Tele—Radio', n^os 1059 y n^o 1060, Abril, 1978, 'Violencia en TV'.
- 3.— Stein, A.H. —Friederich, L.K. Impact of Television on Children and Youth. En, E.M. Hetherington (Eds.), Review of Child Development Research. Chicago I.L. U. Chicago Press, 1975, págs. 183—256.
- 4.— Eysenck, H.J. —D.K. Nias. Sex Violence and the Media.
Maurice Temple Smith. London, 1978, pág. 18.
Conf.: National Commission of the Causes and Prevention of Violence. To Establish Justice, to Insure Domestic Tranquility: Final Report of the National Commission on the Causes and Prevention of Violence. Washington D.C. U.S. Government Printing Office, 1969.
- 5.— Siegel, A.E., En el prólogo de Liebert—Neale—Davidson, pág. 11.
- 6.— García Manzano, E. La influencia de la TV en el niño preescolar. En Revista de Educación, XXI, 229, 1973, págs. 33—37.
- 7.— Soler y Amigó, J. Una experiencia concreta realizada en una escuela de Barcelona. Apéndice B en el libro citado de Liebert—Neale—Davidson, pag. 319.
- 8.— Liebert—Neale—Davidson, o.c. pág. 58.
- 9.— Ib.
- 10.— Gerbner, G. Violence in television drama: Trends and symbolic functions. En, G.A. Comstock — E.A. Rubinstein (Eds.): Television and social behavior. Vol. I. Media content and control. Washington D.C. U.S. Government Printing Office, 1972, pág. 31.
Gerbner, G. — Gross, L. Living with television: The violence profile. Journal of Communication, 26, 1976, págs. 173—179.
- 11.— Halloran, J.D. —Croll, P.E. Television Programs in Great Britain. Content and control. En T.V. and Social Behavior. Vol. I. Washington D.C. U.S. Government Printing Office, 1972, págs. 415 y ss. Nótese el sentido estricto—restringido con que se toma la noción de violencia. Teniendo esto presente, queda patente que

no entran en esta definición otras formas menores de violencia, y menos aún las conductas *netamente lúdicas* que manifiestan los niños entre los 3 y 11 años especialmente. Su carácter imaginativo-lúdico no implica daño real para nadie.

- 12.— Bolele, M.: La violencia en Televisión. En Revista, Mensaje y medios, n° 4, Julio 1978, pág. 71.
- 13.— Carrasco, L. — Guerola, M.J. — Lázaro, P. — Riancho, A. : Amor y violencia en TV. En Mensaje y medios. n° 7, Abril 1979, págs. 45—52.
- 14.— Smythe, D.N. Reality as presented by Television. Public Opinion Quartely, 1954, págs. 142—156.
- 15.— Gerbner, G.I.c. págs. 33—36.
- 16.— National Commission, I.c.
- 17.— Gurevitch, M.: The Structure and Content of Television Broadcasting in four countries. En G.A. Comstock — E.A. Rubinstein (Eds.), Television and social behavior. Vol. I. Media content and control. Washington D.C. US Government Printing Office, 1972, págs. 374 y ss.
- 18.— Conf. Liebert—Neale—Davidson, o.c. pág. 62.
- 19.— Greenberg, B.S. — Gordon, T.F. Perception of violence in television programs; critics and the public. En, G.A. Comstock — E.A. Rubinstein (Eds.). Television and social behavior. Vol. I. Media content and control. Washington D.C. US Government. Printing Office, 1972.
Greenberg, B.S. — Gordon, T.F. Social Class and racial differences in children's perception of television violence. Ib. Vol. V, 1972.
Katzman, N.I. Violence and color television: what children of different ages learn. Ib. Vol. V, 1972.
- 20.— Stein—Friederich. I.c. pág. 190.
- 21.— Collins, W.A. Effect of temporal separation between motivation, aggression, and consequences: A developmental study. Developmental Psychology, 8, 1973, págs. 215—221. Conf. Stein—Friederich, I.c. pág. 221.
- 22.— Stein—Friederich, I.c. págs. 220—222. Eysenck—Nias. o.c. págs. 206 y ss.
- 23.— Stein—Friederich, I.c. pág. 220.
- 24.— Eysenck—Nias, o.c. pág. 252.
- 25.— Eysenck—Nias, o.c. pág. 36, nota y págs. 66—67.

- 26.— Véase una exposición y análisis de los principales experimentos de laboratorio en: Stein—Friederich, l.c. págs. 191—198; Liebert—Neale—Davidson, o.c. págs. 106—124; Eysenck—Nias, o.c. págs. 148—177.
- 27.— Stein—Friederich, l.c. págs. 222—223.
- 28.— Ib. págs. 198—202.
- 29.— Surgeon General Scientific Advisory Committee. Television and growing up: The impact of televised violence. Washington D.C. US Government Printing Office, 1972.
- 30.— Eysenck—Nias, o.c. pág. 210; conf. págs. 152—156.
- 31.— Stein—Friederich, l.c. págs. 191 y ss.
- 32.— Cronbach, L.J.: Beyond the two Disciplines of Scientific Psychology. *American Psychologist*, 1975, págs. 116—127.
- 33.— Steuer, F.B. — Applefield, J.M. — Smith, R. Televised aggression and the interpersonal aggression of preschool children. *Journal of Experimental Child Psychology*, 11, 1971, págs. 442—447.
- Stein, A.H. — Friederich, L.K. Television content and young children's behavior. En, T.V. and Social Behavior. Vol. II. Television and social learning. J.P. Murray — E.A. Rubinstein — G.A. Comstock (Eds.) Washington D.C. US Government Printing Office, 1972, págs. 203—317.
- Liebert, R.M. — Baron, R.A. Some immediate effects of televised violence on children's behavior. *Developmental Psychology*, 6, 1972, págs. 469—475.
- Leifer, A.D. — Roberts, D.F. Children's responses to television violence. En, J.P. Murray — E.A. Rubinstein — G.A. Comstock (Eds.) Television and Social behavior. Vol. II. Television and social learning. Washington D.C. US Government Printing Office, 1972, Págs. 43—180.
- Dominick, J.R. — Greenberg, B.S. Attitudes toward violence : The interaction of television exposure, family attitudes and social class. En, G.A. Comstock — E.A. Rubinstein (Eds.). Television and social behavior. Vol. III. Television and adolescent aggressiveness. Washington D.C. US Government Printing Office, 1972, págs. 314—335.
- McIntyre, J.J. — Teevan, J.J. Television violence and deviant behavior. En, G.A. Comstock — E.A. Rubinstein (Eds.) Television and social behavior. Vol. III. Television and adolescent aggressiveness. Washington D.C. US Government Printing Office, 1972, págs. 383—435.

Robinson, J.P. — Bachman, J.G. Television viewing habits and aggression. En, G.A. Comstock — E.A. Rubinstein (Eds.) Television and social behavior. Vol. III. Television and adolescent aggressiveness. Washington D.C. US Government Printing Office, 1972, págs. 372—382.

McLeod, J.M. — Aktin, C.K. — Chaffee, S.H. Adolescents, parents, and television use: Adolescent self-report measures from Maryland and Wisconsin samples. En, G.A. Comstock — E.A. Rubinstein (Eds.) Television and social behavior. Vol. III. Television and adolescent aggressiveness. Washington D.C. US Government Printing Office, 1972, págs. 173—238.

Leyens, J.P. — Camino, L. — Parke, R.D. — Berkowitz, L. The effects of movie violence and aggression in a field setting as a function of group dominance and cohesion. *Journal of Personality and Social Psychology*, 32, 1975, págs. 346—360.

Lefkowitz, M.M. — Eron, L.D. — Walder, L.O. — Huesmann, L.R. Televisión violence and child aggression: A follow-up study. En, G.A. Comstock — E.A. Rubinstein (Eds.) Television and social behavior. Vol. III. Television and adolescent aggressiveness. Washington D.C. US Government Printing Office, 1972, págs. 35—135.

Parke, R.D. — Berkowitz, L. — Leyens, J.P. — West, S.G. — Sebastian, R.J. Some effects of violent and nonviolent movies on the behavior of juvenile delinquents. En, L. Berkowitz (Ed.), *Advances in Experimental Social Psychology*. Vol. 10. Academic Press. New York, 1977.

Belson, W.A. *Television Violence and the Adolescent Boy*. Farnborough. Yearfield, 1978.

34.— Eysenck—Nias, o.c. págs. 104—108.

35.— Stein—Friederich, l.c. pág. 217. Conf. cita anterior, Lefkowitz y col.

36.— Maletzke, G.: Massenkommunikation. En *Sozial Psychologie*. Band 7, 2 Halb. Graumann, C.F. (Ed.) Verl. für Psychologie. Hogrefe. Göttingen, 1972, págs. 1524—1526.

37.— Eysenck—Nias, o.c. págs. 125 y ss.

38.— Eysenck—Nias, o.c. págs. 203 y ss. Conf. Liebert—Neale—Davidson, o.c. págs. 126 y ss. Berkowitz, L.A. *Social Psychological Analysis*. MacGraw, New York, 1962. Berkowitz, L. The Effects of Observing Violence. En, *Scientific American*, 210, Febr. 1964. Los estudios de Ancona, Croce, Bertini y Carli, realizados principalmente por el método clínico y muy interesantes por los análisis descritos que muestran una gran mesura en sus conclusiones, son, en parte, favorables a la hipótesis catártica. Con todo, a nuestro juicio, no entran en el

examen de los efectos a medio y a largo plazo que son precisamente los datos más decisivos en este aspecto ya que puede darse un aminoramiento temporal de la agresividad pero que renacería luego acumulada, como han observado los críticos de la teoría catártica. Véase la exposición de la postura de Ancona, Croce, Bertini y Carli en: *Motivazione e aggressività nelle ricerche sulle comunicazioni di massa: Un approccio psicologico*. Croce, M.A. Quaderni di Psicologia, 2. Patron Ed. Bologna-Padova, 1978.

- 39.— Sauvage, N. *La Television, los niños, la familia*. El Mensajero. Bilbao, 1972, págs. 77 y ss.
- 40.— Eysenck-Nias, o.c. págs. 48-58.
- 41.— McLeod, J.M. — Aktin, C.K. — Chaffee, S.H., ver la cita 33; McIntyre, J.J. — Teevan, J.J., ib.
- 42.— Liebert-Neale-Davidson, o.c. págs. 147-150.
- 43.— Stein-Friederich, 1.c. págs. 212-215. Conf. Eysenck-Nias, o.c. págs. 226 y ss.
- 44.— Liebert-Neale-Davidson, o.c. pág. 149, nota.
- 45.— Schram, W. — Lyle, J. — Parker, E.B.: *Television in the Lives of our Children*. Standford. Standford Univ. Press. 1961., págs. 165-166.
- 46.— Chafee, S.H.— McLeod, J.M. *Adolescents, parents, and television violence*. En, *The Early Window: The role of Television in Childhood*. American Psychological Association Convention. Washington, D.C. Sept. 1971. Conf. cita 33 trabajo de McLeod, J.M. — Aktin C.K. — Chafee, S.H. Conf. Liebert-Neale-Davidson, o.c. págs. 149-150.
- 47.— Eysenck-Nias, oc. pág. 106. Liebert-Neale-Davidson, o.c. págs. 150-152.
- 48.— Bandura, A.: *Agression: A Social Learning Analysis*. Englewood Cliffs. New Jersey. Prentice-Hall, 1973.
- 49.— Liebert-Neale-Davidson, o.c. págs. 255-256.
- 50.— Eysenck-Nias, o.c. pags. 252.
- 51.— Ib. pags. 11-12, y 79 y ss.
- 52.— Ib. pags. 223 y ss.
- 53.— Los principales estudios acerca de los efectos de la TV 'pro-social' pueden verse en Stein-Friederich, o.c. pags. 225-241 y en Liebert-Neale-Davidson, o.c. pags. 163-191.